

Cherie Zalaquett

CHILENAS EN ARMAS

Testimonios e historia de
mujeres militares y
guerrilleras subversivas



Catalonia



Cherie Zalaquett Aquea es periodista y escritora, autora de *Sobrevivir a un fusilamiento. Ocho historias reales* (2005). Tiene una larga trayectoria profesional como redactora en Revista del Domingo de El Mercurio, diario La Segunda, revista Caras y revista Sábado de El Mercurio. Fue corresponsal de guerra en el conflicto bélico Perú-Ecuador (1995). Y su cobertura sobre la detención del general Manuel Contreras fue destacada en 1995 en The New York Times.

Ejerce el periodismo desde una perspectiva independiente y crítica. Sus reportajes y entrevistas han sido distinguidos con premios de El Mercurio 1992, 1995, 1996, 2002, 2003, 2005 y 2006. La Universidad Alberto Hurtado escogió dos textos suyos para incluirlos en los libros Premio Periodismo de Excelencia en sus versiones 2003 y 2004.

Ha sido profesora de la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Biblioteca Nacional



198379

10 (109... 21)
22

963 790

CHILENAS EN ARMAS



Colección GÉNERO, CULTURA Y SOCIEDAD

Cátedra UNESCO Género

Comité editorial: Doctora Lola Luna (Universidad de Barcelona) Doctora María Luisa Femenías (Universidad de La Plata, Buenos Aires) Doctora María Luisa Tarrés (Colegio de México) Doctora Oresta López (Colegio de San Luis Potosí) Doctora Loreto Rebolledo (Universidad de Chile)

CHERIE ZALAUQUETT

CHILENAS EN ARMAS

Testimonios e historia de mujeres militares
y guerrilleras subversivas

Catalonia

ZALAUQUETT, CHERIE

Chilenas en armas / Cherie Zalaquett Aquea

Santiago: Catalonia, 2009

346 p.; 15 x 23 cm

ISBN 978-956-324-024-5

Estudios de mujer y género

305.42

Testimonios

Ch920

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco
Edición de textos: Jorgelina Martín
Diseño de portada: Guarulo & Aloms
Composición : Salgó Ltda.
Impresión: Salesianos Impresores. Santiago de Chile

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida,
en todo o en parte, ni registrada o transmitida
por sistema alguno de recuperación de información,
en ninguna forma o medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia o cualquier otro,
sin permiso previo, por escrito,
de la editorial.

Primera edición: julio 2009

ISBN 978-956-324-024-5

Registro de Propiedad Intelectual N° 183.152

© Cherie Zalaquett Aquea, 2009

© Catalonia Ltda., 2009

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl

La creación literaria de esta obra fue posible con la beca
del Fondo Nacional del Libro y la Lectura

A mi madre, Estela Aquea de Zalaquett

*Nacida en la constelación de capricornio, hermana gemela de la tierra
ella, los cerros, las piedras y el desierto floreciendo a sus pies.*

*Sus manos, afluentes de la música, también bordaron las ruinas
de la Grecia arcaica.*

*Con su voz, poderosa hilandera del lenguaje, creó canciones y relatos
legendarios; dirigió la filmación de una película:
"Tal vez algún día".*

*¡Ay, señora Estela, emperatriz del cielo nocturno,
madre terrible y cariñosamente abominable!*

*Me dejaste tan sola y tan humana
para buscar mi primer nacimiento divino.*

Vallendar, 12 de marzo 2009

Índice

PRESENTACIÓN	
Una mujer en armas, un libro en armas	
<i>Sonia Montecino</i>	11
INTROITO	13
Capítulo I	
EL EJÉRCITO	19
Capítulo II	
LA ARMADA	59
Capítulo III	
LA FUERZA AÉREA	91
Capítulo IV	
EL MIR	135
Capítulo V	
APARATO MILITAR DEL PC	175
Capítulo VI	
EL FPMR (Frente Patriótico Manuel Rodríguez)	211
Capítulo VII	
MAPU LAUTARO	269
EPÍLOGO	319
BIBLIOGRAFÍA	333

Capítulo I EL EJÉRCITO

Como señala María Elena Valenzuela en su libro *Las mujeres en el Chile militar. Todas íbamos a ser reinas*, las Fuerzas Armadas, en el marco del régimen del general Pinochet, fueron el paradigma de la institución más típicamente patriarcal. La cadena de mando militar se asemeja a la organización de poder en una familia tradicional. Así como el núcleo social básico se organiza jerárquicamente presidido por el padre, quien concentra, por ley y por costumbre, el poder sobre el resto del grupo familiar, las Fuerzas Armadas se sustentan en una estructura piramidal basada en los principios de obediencia y respeto a la autoridad de las jerarquías. Esta estructura se conserva hasta hoy.

Sin embargo, durante el gobierno autoritario, las Fuerzas Armadas promovieron en forma imperativa la distribución de roles según los estereotipos sexuales tradicionales: las mujeres al plano doméstico y los hombres a los asuntos públicos. Esto último ha experimentado paulatinamente algunos cambios en las instituciones de la Defensa como veremos más adelante.

En una aparente contradicción al interior del discurso del régimen dictatorial, que reforzaba el rol de la mujer como madre y dueña de casa, el 19 de agosto de 1974, se creó la Escuela de Servicio Auxiliar Femenino del Ejército (ESAFE), que alistaba mujeres para destinarlas a funciones administrativas y de apoyo logístico.

Como anota Valenzuela, hubo factores institucionales y políticos que motivaron esta inusual decisión, aceptada sin alarma por los grupos conservadores que apoyaban al régimen. Valenzuela menciona que la creciente militarización de la sociedad chilena a partir del golpe de Estado, creó la necesidad de aumentar el contingente para que el Ejército asumiera funciones de gobierno.

El reclutamiento femenino tenía por objetivo que la fuerza masculina se dedicara a tareas propiamente militares, mientras que las mujeres desempeñarían roles de apoyo, reproduciendo el papel subordinado que tenían en la vida civil. Las mujeres ingresaban al Ejército, cuya función esencial es la guerra, sin que se les permitiera participar de ese quehacer. Su labor no era combatir.

La ESAFE Javiera Carrera Verdugo se inauguró en octubre de 1974 en las instalaciones del Sanitario Militar Franklin D. Roosevelt, en la localidad de Guayacán, en el Cajón del Maipo. El plan de estudios incluía un periodo de reclutas donde aprendían sobre el Ejército, doctrina y procedimientos. Se adaptaban al régimen militar, se las formaba en las virtudes propias de las Fuerzas Armadas y se capacitaban en el manejo de armas. Posteriormente tenían un tiempo de especialización, donde, tras elegir un arma o servicio, eran destinadas a diferentes unidades.¹

La coronel Wanda Santoni, la mayor Leticia Pérez, la oficial de los servicios Cecilia Seguel y la oficial Elisabeth Torrejón formaron parte de esas primeras generaciones de mujeres que experimentaron una irresistible atracción por integrarse a ese mundo de hombres con duras exigencias de fortaleza física. Mientras beben café en el casino de oficiales de un recinto del Ministerio de Defensa, lucen relajadas, evocando esos años. La personalidad jovial y afable de Wanda no marca una distancia jerárquica con sus compañeras, sin embargo, ellas, cuando le hablan, jamás omiten llamarla “mi coronel”.

Wanda Santoni, actualmente la oficial más antigua en servicio activo, era la menor de cinco hermanos y hermanas. Obtuvo tan alto puntaje en la Prueba de Aptitud Académica (hoy PSU) que pudo elegir entre Arquitectura, Derecho y Medicina Veterinaria. Sin embargo, se sentía desorientada: “Tenía unas dudas tremendas y deseaba que mis papás me dijeran qué estudiar, pero ellos me advirtieron que mi futuro tenía que decidirlo yo. Sentía tanta angustia y entré a Medicina Veterinaria porque me gustaban los animales. No era una razón, ahora lo pienso”.

Por su hermano militar supo que se había abierto una escuela femenina y Wanda se entusiasmó tanto que dejó la universidad, sin saber que aún le faltaban requisitos como tener 18 años cumplidos y un título. Después de abandonar su carrera, hizo un curso de secretariado mientras cumplía la edad.

Cuando comunicó su decisión de ser militar, su madre expresó temor: “Esto me asusta un poco porque te vas a convertir en un hombre. En cambio mi papá dijo ‘Esto es para la Wandita, ella se va a presentar, va a ser la mejor y va a llegar muy alto’. Y así fue, porque saqué la primera antigüedad (el primer puesto); soy buena para estudiar”.

Wanda integró la tercera promoción de alumnas que recibió el nuevo cuartel militar abierto para damas. El reglamento de esos años impuso a las jóvenes rígidas normas de feminización. Les exigieron llevar mas-

cotas de peluche, osos, ratones Mickey o muñecas para ponerlos en el dormitorio como símbolos de la continuidad con la infancia y el hogar. Debían pegar una fotografía de sus padres, tamaño postal al interior de sus armarios, y situarla a una altura determinada que les permitiera verla apenas abrieran el *locker*.

Partes de su cuerpo como el largo del pelo, y las uñas eran objetos de revisiones e intervenciones de las instructoras, quienes, además, verificaban que usaran solamente ropa interior de color blanco, como lo estipula (hasta hoy) el reglamento. Cada mañana debían ducharse con agua fría, pese a que la escuela estaba ubicada en los faldeos de la cordillera donde a veces caía tanta nieve como para quedar aisladas. En invierno, usaban calzones rojos de lana, los que según mitos populares chilenos protegen los genitales femeninos del frío y evitan los dolores de ovarios durante la menstruación. También estaban (hasta ahora) obligadas a maquillarse usando tonalidades verdes con las tenidas de combate y azules y grises con el uniforme habitual.

A partir de 1978, se abrieron en la ESAFE cupos para asistentes sociales y educadoras de párvulos, las cuales, luego de realizar un curso, se integraban como oficiales del Servicio Femenino Militar de los servicios.²

La oficial Cecilia Seguel, era la única mujer entre cuatro hermanos que estudiaban en la Escuela Militar. Cecilia vivía en Valparaíso y estaba todavía en el colegio cuando se presentó a la Guarnición para postular al Ejército. El guardia le sugirió que se matriculara primero en la universidad. Así entró a Educación Parvularia en la Universidad Católica de Valparaíso. Al término de sus estudios trabajó dos años y después cumplió su sueño de ser militar.

Al mismo curso de Cecilia, entró la oficial Elisabeth Torrejón, quien también era la única mujer entre cuatro hermanos: “A mí me marcaba una tradición de Fuerzas Armadas que traía detrás. Eso me hizo mirar al Ejército y a cualquier rama en forma natural. No me parecía curioso ni tampoco me asustaba trabajar con muchos hombres. Me era habitual relacionarme más con hombres que con mujeres. Pero sí me interesaba desarrollarme en lo que había estudiado: asistente social”.

Otra alumna de esa promoción fue la hoy mayor Leticia Pérez, aunque sus razones para alistarse fueron meramente prácticas. Ella llevaba seis años casada con un militar, y no habían tenido hijos. Aunque estaba titulada de asistente social no lograba encontrar empleo: “Cuando supe que había un curso para oficiales solteras, le dije a mi marido ‘Quizás esta

sea la forma de que yo entre a trabajar, ¿me apoyas o no? porque debo irme a un régimen de internado”.

Rindió un excelente examen de admisión y el Ejército la aceptó en forma excepcional, dado su estado civil. Pero tuvo que firmar un documento notarial en el que se comprometía a cumplir con las mismas exigencias que las solteras:

“Dejé mi casa botada, con la ayuda de mi marido y de mi mamá, quien auxiliaba a mi marido en la parte doméstica. Desaparecí un año de mi hogar. Como interna, salía los fines de semana solamente. Fue complicado al principio, porque yo mandaba en mi casa y allá me estaban mandando desde la hora de levantarme. El primer fin de semana que salí, decidí no volver nunca más. Mi marido me preguntó cómo me había ido. En ese momento me pasó una cosa mágica: no fui capaz de decir nada. Fue algo entre desafío y rebeldía que me llevó a proponerme que esto no me la iba a ganar. Y decidí volver a la escuela. Hoy pienso que fue maravilloso porque en lo que surgió como una necesidad, terminé descubriendo mi vocación militar, que me llena la vida”.

Leticia y Cecilia recuerdan que en su curso había diez asistentes sociales y diez educadoras de párvulos. Se graduaron sólo 19. Una de las parvularias desistió porque nunca pudo cantar en el tono que exigían los instructores militares:

“Debíamos cantar tan fuerte hasta saturarnos —relata Leticia— y era tal el grito que no se podía afinar la voz. Esa niña, una colorina muy linda, dijo que en su carrera iba a necesitar su voz, y se fue. Después comprendimos que ese canto fue una prueba de voluntad como para decirnos, la que no lo tolere, que se vaya ahora”.

Para Cecilia, quien había ejercido dos años como profesional antes de entrar a la escuela, lo más difícil fue aceptar que la mandaran a desmalezar la tierra y hasta limpiar baños.

Wanda enciende un cigarrillo y asegura que hoy, 30 años después, tomaría la misma decisión de entrar al Ejército:

“Es una forma de vida que no se puede expresar con palabras. Como en todas las organizaciones en las que participan seres humanos, hay cosas que están bien y otras que están mal, pero a mí me satisface integralmente, me llena por completo. Mi filosofía de vida es que yo nací para ser feliz. Lo paso bien en el momento. No pienso qué va a suceder el próximo año ni el subsiguiente. Lo he pasado siempre súper bien aquí, los momentos malos trato de superarlos rápido y ya mañana será otro día”.

De su tiempo en la escuela, Wanda recuerda una unión muy especial con sus compañeras. “A pesar de ser tan diferentes, como estábamos sometidas a la misma presión, nos manteníamos unidas, porque nosotros éramos las mandadas. Ni siquiera la opinión se nos pedía”.

A toda su generación lo que más les afectó fue la incertidumbre de la permanencia de la carrera femenina en el Ejército. Cada año cambiaban las reglas del juego. Al principio les ofrecieron una carrera militar en la que podían ascender hasta coroneles. Pero a poco andar ni siquiera hubo seguridad en la admisión de mujeres. Y en varios períodos cerraron la escuela:

“Nos dijeron que las mujeres no servíamos para nada aunque intentábamos hacer cosas. Hubo dos que trataron de ser paracaidistas, una tuvo un accidente y se quebró los tobillos, entonces ordenaron no más mujeres paracaidistas. Ahora las jóvenes que entran a la Escuela Militar, al segundo año pueden ser paracaidistas y si alguna tiene un accidente, bueno, es parte del sistema”, asevera Wanda.

Con la creación del Servicio Femenino Militar Voluntario en 1979,³ pareció ampliarse el horizonte. Se diversificó la capacitación de conscriptas en oficios de auxiliares de sanidad, y sanidad dental, asistentes de párvulos, operadoras telefónicas y dactilógrafas. Sin embargo, la carrera de oficiales orientada a labores militares se mantenía en suspenso. El 1º de agosto de 1984, la ESAFE pasó a llamarse Escuela del Servicio Femenino Militar (ESFEMIL).⁴

El coronel Mario Morales Flores, director de la ESFEMIL, precisó a *El Mercurio* en 1984:

*La mujer no recibe la misma instrucción que un hombre. Y por una razón muy sencilla: su misión no es combatir (...) La función de la Escuela es formar intelectual y físicamente a las alumnas con el fin de reemplazar al hombre-combatiente en funciones como instrucción del contingente femenino, ayudantes, oficiales de personal, secretariado, dactilografía, radiooperadoras, etc.*⁵

En 1988, ESFEMIL se trasladó desde las dependencias de Guayacán al Cuartel Pedro Montt⁶ donde se dictaron cursos regulares sólo para la formación de oficiales femeninas y se egresaba sin especialización. Finalmente, el alto mando dispuso cerrarla ese mismo año, reafirmando su desinterés por la inserción de la mujer. Tres años después, recién en 1991, se reabrió nuevamente la ESFEMIL⁷ en un cuartel de la jefatura de los servicios situado en Rinconada de Maipú. Allí prosiguió impartiendo cursos regulares para oficiales y suboficiales en las áreas de personal,

finanzas y ayudantía general, hasta que en 1995 se produjo el cierre definitivo por la nueva política que estableció que las mujeres debían formarse en la Escuela Militar. Esta medida representaba el vuelco favorable que durante 20 años esperaron las promociones de mujeres que vivieron en ascuas una política de continuo ensayo y error.

Wanda siente que su generación fue constantemente observada por sus pares varones, con un sesgo machista:

“Cuando nos tocaba hacer guardia, era la novedad ver qué hacía una mujer. Si teníamos que rendir honores, todos iban a mirar; querían ver cómo una se ponía firme y nos criticaban el tono de voz.”

Cecilia recuerda que los hombres las imitaban:

“Según ellos nosotros hablamos ‘ññññmi general’...”

Después de graduarse, en sus primeras destinaciones como oficiales descubrieron que las unidades militares no se habían dado la molestia de prepararse para recibir las. No habilitaron dormitorios ni baños para mujeres. Cecilia llegó a un regimiento de La Serena donde no sabían dónde ponerla:

“El casino (lugar donde aloja el personal soltero) era una cosa larga y tuvieron que dividirlo. A dos piezas de un lado le pusieron un tabique y por suerte había una puerta, así que yo, que era la única mujer, entraba por ese lado. Y todos los oficiales solteros estaban al otro lado. No fue fácil en realidad, pero uno, por eso mismo se quedaba. Estaban todos los ojos puestos sobre uno que era la única mujer, menos mal que nunca me hice problemas”.

“Ellos tenían tantos temores como si uno fuera un adorno. Pero lo han ido superando con el tiempo”, reflexiona Wanda. En los preparativos de la Parada Militar, recibían duras críticas por la frecuencia con que necesitaban ir al baño:

“Las mañanas eran tan frías y nos retaban mucho. Un día nos sublevamos y pedimos un baño. Al día siguiente nos dieron colaciones, nos pusieron buses y baños químicos. Aún así, me daba vergüenza que me vieran entrar. Después, cuando ya era una mujer madura, pensé que yo tenía las mismas necesidades que ellos y les decía, ‘¡ya!’ ‘¡correrse!, porque voy a entrar al baño’”.

No tuvieron dificultades para asimilar la instrucción de uso de armamento. Se acostumbraron rápido al peso del arma. “Al primer culatazo que te pegas al disparar, aprendes que tienes que afirmar bien el fusil”, remarca Wanda. Aprendieron a manipular su arma como si fuera un delineador

de ojos. Pero saben que algo muy distinto es usarla en la eliminación de personas. Piensan que el coraje para ello surge en las circunstancias. “Creo que en un conflicto uno se adapta y si tienes que hacer algo, lo haces”, subraya Wanda.

En las campañas militares han tenido que esforzarse al límite de sus capacidades para demostrar igualdad con los varones en las exigencias del servicio:

“En una campaña en Antofagasta –dice Wanda– hubo una marcha de todas las unidades por el desierto que se extendió por muchos kilómetros. A las mujeres nos ponían de ejemplo, íbamos adelante, trotando y cantando. Y pensando: ‘sigamos, nosotros podemos’. Llegamos con los pies hechos pedazos, hombres y mujeres, pero ninguna de nosotras se atrevió a decir nada. Varios vehículos ofrecían llevarnos. No aceptamos. Podíamos tener lágrimas de dolor, pero nos quedamos calladitas no más”.

Cecilia no olvida un 18 de septiembre en Coyhaique:

“Tuvimos que caminar desde la unidad con un frío que nos penetraba y con estos mismos zapatitos de uniforme. Llegamos a formar casi desmayadas, pero entre nosotras nos frotábamos para que no se notara. La cosa era no caer. Después nos devolvimos caminando a la unidad, con los pies rotos, pero nos propusimos que ninguna tenía que desfallecer”.

Nunca aspiraron a una igualdad absoluta como combatir junto a los hombres en primera línea de fuego en la eventualidad de una guerra:

“Afortunadamente guerra no hemos tenido y todo es un juego de guerra nada más. Yo he participado en campañas militares como oficial de intendencia, sé el movimiento de las tropas y mi labor es abastecer de agua, comida y apoyos materiales. También hay hombres militares que no van a la guerra y hacen labores de apoyo detrás de las tropas”, recalca Wanda.

Leticia afirma que en situación bélica, la mujer y las especialidades femeninas, adquieren una importancia relevante, “porque mientras el combatiente está en el frente nosotros nos hacemos cargo de su familia, de llevar la parte administrativa y de cumplir otra serie de funciones en ausencia de los hombres”.

Los hombres, no obstante, al comienzo no reconocían la necesidad de tenerlas en los cuarteles. Y su integración al Ejército en cada etapa tenía que vencer nuevas resistencias masculinas. Cuando fueron ascendiendo, hubo militares de menor antigüedad que evitaban dirigirse a ellas por sus grados. “Decir ‘mi mayor’, les complicaba tanto que lo eludían”, asegura

Wanda. Leticia notó incluso que algunos oficiales de grado inferior le esquivaban el saludo:

“Esas actitudes infantiles, yo las obviaba. Después solitos se fueron enrielandando”, dice Wanda.

Uno de los períodos más difíciles del servicio, lo vivieron en 1988 cuando el Ejército emitió una circular que prohibía los matrimonios entre miembros de la institución, fuesen oficiales o suboficiales:⁸

“Alcancé a casarme con Mario en junio del 87, y después salió esa la ley. Era tan difícil para nosotros, porque todo nuestro círculo era de militares y lo más normal era que nos relacionáramos con ellos”, asevera Cecilia.

Posteriormente, una nueva circular del 13 de agosto de 1990 estableció que no se prohibía el matrimonio entre miembros de la institución, pero el Ejército se reservaba el derecho de condicionar la permanencia de uno de los futuros cónyuges y el otro debía solicitar su retiro.⁹ Si alguna pareja se enamoraba, debía decidir cuál de los dos se quedaba. “Obviamente las mujeres tomaban la decisión de irse”, sostiene Wanda.

Muchas se retiraron para casarse, el matrimonio fracasó y perdieron la carrera, revela Cecilia.

Según Leticia los matrimonios entre militares le provocaban a la institución un problema administrativo. “Pero el Ejército decía que éramos las mujeres las que originamos ese problema”.

La dificultad surgía en las destinaciones:

“Cuando la gente se casa, no pueden depender uno del otro. No pueden estar en situación de mando ni ser uno el jefe del otro. Por eso hay que asignarlos a unidades distintas. En una misma guarnición, por ejemplo, uno está en un regimiento y otro en el cuartel general. Sin embargo, en algunas guarniciones, hay una sola unidad”, explica Wanda.

Leticia asegura que, descontando ese tiempo de la prohibición de casamientos, el Ejército privilegia la unión familiar. Y cuando se destina a un oficial casado con una militar, se busca que la esposa vaya al mismo lugar y a un puesto adecuado.

No obstante, Wanda, Leticia y Cecilia admiten que el Ejército priorizó la carrera del marido antes que la de la esposa.

La coronel Wanda Santoni es la primera mujer que ocupa un cargo equivalente a comandante de unidad sin ser oficial de Estado Mayor. Sin embargo, su puesto no existe en regiones. Y si le hubiese tocado acompañar a su marido a una destinación habría tenido que conformarse

con una función de menor categoría. “O sea, la mujer sale perdiendo”, resume Wanda.

A la generación de Wanda, Leticia, Cecilia y Elísabeth no se le permitió estudiar en las Academias de Guerra ni Politécnica.

Wanda se sintió limitada profesionalmente:

“A mí me encanta estudiar. Recuerdo haber intentado postular a una Academia y el general de esa época, me dijo: ‘No, porque si se pone a estudiar, después se va a querer ir a la vida civil’. Ahora, en cambio a todo el mundo lo incentiva a estudiar”.

La diferencia de preparación intelectual, se refleja en sus sueldos. Por no ser oficiales de Estado Mayor, ganan menos que sus pares masculinos. Aunque si tienen estudios superiores, perciben mayor salario que un militar en el mismo puesto, sin título universitario.

Para efectos de la jubilación, les favorece ser madres. Les conceden un año de servicio más por cada hijo. Leticia considera que haber quedado embarazada después de graduarse de oficial “fue como un broche de oro” a su realización profesional y personal.

Elísabeth es soltera. No tuvo hijos, porque solamente los imagina en el marco de un matrimonio. Pero nunca se ha sentido marginada por su estado civil: “Si hay reunión con las señoras de los oficiales, siempre me han integrado. Si es con los oficiales, aunque sea la única, he estado”.

Leticia ha observado que en los últimos seis años ha habido oficiales madres solteras sin que ello signifique un impedimento para seguir en la institución. En su época era causal de despido.

El feminismo, no obstante, es visto por ellas como “incompatible con el Ejército”. Sus reivindicaciones de género se limitan al intercambio de bromas con sus compañeros. Tampoco les interesa que por un asunto de forma se feminice el lenguaje militar y dicen estar acostumbradas a que se diga coronel y no coronela, capitán y no capitana.

A Leticia le gustaría que los cargos en el Ejército se ganaran principalmente por competencia y que no primara tanto la antigüedad ni el grado:

“Siempre hay más hombres en altos grados. En 30 años sólo hay cuatro coroneles femeninas; tienen que ser oficiales con más de 25 años de servicio y solamente una por promoción puede alcanzar ese grado”.

Leticia advierte que como organización ha ido evolucionando, de ser un Ejército muy machista:

“Con mi general Cheyre hubo una apertura a la modernización y al reconocimiento por mérito, competencia, habilidades, y de hacernos más cercanos al mundo civil. Se mezclaron ambas cosas”.

Wanda afirma que el haber tenido una ministra de Defensa como Michelle Bachelet cambió culturalmente a los hombres:

“Era impensable una mujer ministro de Defensa. Había hombres que decían ‘yo jamás le rendiría honores a una mujer’. ¿Y ahora? A mi parte infantil, de niña, le encantó verlos a todos firmes en la Escuela Militar, rindiendo honores a nuestra ministra de Defensa y a nuestra Presidenta. Creo que ella hizo cambios de forma y también de fondo como permitir que se pensara el ingreso de la mujer a las Academias de Guerra y Politécnica”.

Pero hay otras modernizaciones para las que no se sienten preparadas como la aceptación de la homosexualidad al interior de los cuarteles que ya existe en otros países.

Wanda cree que, como en toda organización, también en el Ejército chileno puede haber homosexuales, porque no hay como detectarlos:

“A saber, no es tolerable. No es algo aceptado. Pueden ingresar y hacer toda una carrera sin que nadie se entere, si no hay una situación escandalosa que los deje al descubierto”.

Leticia se define como parte de una generación a la que culturalmente le chocaría la eventual presencia de personas gays en el Ejército:

“Yo ojalá no tenga un hijo gay. No es que me horrorice, pero no me gustaría. No sólo en la institución sino que en lo familiar no voy con ese cuento”.

Para Wanda ser homosexual “es algo tremendo, porque estás en contra de la sociedad y tienes que hacer las cosas a escondidas. No sé si es bueno o malo, pero el hecho de hacerlo a escondidas ya significa que es difícil”.

No descartan sin embargo, que en un futuro el Ejército chileno tenga que abrirse a la diversidad sexual.

“Quizás va a tener que evolucionar, pero más lentamente, que otros sectores donde la vida privada de las personas importa menos. El Ejército se preocupa mucho de su gente, de la familia; el comportamiento, la conducta son importantes. Quizás en una empresa privada ser homosexual pasa inadvertido, porque al gerente le importa que esa persona produzca. Nosotros somos parte de una familia que vive junta en casas fiscales, nuestros hijos estudian en los mismos colegios y compartimos mucho. Yo diría que por eso quizás es más difícil”, dice Leticia.

Remarcan que en el Ejército la imagen y sobre todo la imagen corporal importan demasiado. Tres veces al año les toman pruebas de suficiencia física y no deben estar gordos, porque si no pasan los tests los califican como no aptos para el servicio.

Wanda, Cecilia, Leticia y Elisabeth no se sienten mujeres conservadoras, porque fueron pioneras en invadir un cuerpo armado hasta entonces vedado a las mujeres. Pero tampoco se definen como rupturistas:

“Creo que al igual que el hombre que entra a una institución armada, nosotros lo hacemos porque esa organización es afín a la forma de ser de uno. Una chiquilla que es intrínsecamente rebelde, a quien no le gustan los horarios ni tiene un hábito de trabajo estable va a ser incompatible con una vida militar, pero también un hombre. No me siento conservadora. Bien abierta soy, pero las formas, la disciplina de vida y la obediencia para mí son importantes”, remarca Leticia.

También piensa que las mujeres son un gran aporte al Ejército:

“En ese escenario de no vivir la guerra, la mujer tiene un espacio y hace un aporte en lo que le es propio: su afectividad, su sensibilidad en la forma de mirar los problemas. Le aportamos al jefe una mirada distinta que antes él no tenía. Los hemos sensibilizado un poco”.

Al mismo tiempo, Elisabeth define al Ejército como una institución súper protectora y paternalista, muy solidaria con su personal:

“Ese es un aspecto súper desconocido del Ejército versus lo que la gente pueda ver que es una institución lineal, fría, uniformada. Siempre nos está ayudando en todo. Si un camarada muere lo acompañamos, sea activo o en retiro. Alguien se enferma gravemente estamos todos preocupados de él. Hay una solidaridad, una red de apoyo tremenda, uno se siente protegido, comprometido. Es muy protector, cobijador. El Ejército ha sido la prolongación del propio hogar: Me provee, protege, cobija, como si fuera el papá. Y un papá muy exigente”.

SOLDADAS EN DEMOCRACIA

Con el advenimiento de los gobiernos democráticos, comenzaron los intentos por reformar las Fuerzas Armadas y reorientarlas a una vocación de total y absoluto sometimiento a la autoridad civil. Durante los primeros años de la transición, poco se pudo cambiar al interior de las instituciones armadas, porque la incipiente democracia se abocó a consolidarse y a

intentar sobrevivir frente al enorme poder que aún conservaba el general Augusto Pinochet como comandante en jefe del Ejército, y del alto mando de las otras ramas. La inamovilidad de los comandantes en jefe, como otras leyes de amarre que dejó el gobierno dictatorial, hizo que la transición se prolongara más de una década y estuviese marcada por la permanencia de enclaves autoritarios en la institucionalidad chilena.

Patricio Aylwin intentó emprender una nueva convivencia entre el mundo civil y el uniformado. Pero el primer gobernante democrático contaba con un poder muy restringido que se enfrentó a la resistencia de un vasto sector de la derecha política y de las mismas Fuerzas Armadas. Los poderes fácticos mantenían su derecho a veto respecto de cualquier iniciativa política, económica, social y cultural. En el periodo de Aylwin, el Ejército protagonizó algunos intentos destinados a intimidar a la autoridad civil como fueron el ejercicio de enlace (1990) y el Boinazo (1993).

En el gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle, se pudo avanzar moderadamente en intentos de reforma y modernización del mundo militar, lo que también derivó en una mayor inclusión de la mujer en las Fuerzas Armadas.

Histórica fue la innovación de 1995 que permitió a las oficiales femeninas educarse en la Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins, un hermético enclave masculino desde su fundación en 1817. Ese mismo año 1995 también abrió sus puertas a las mujeres la Escuela de Suboficiales, integrándose estas al Cuadro Permanente.

La capitán María Cristina Gutiérrez integró la segunda promoción de cadetes que entraron a la Escuela Militar en 1996. Recuerda que todavía las mujeres estaban segregadas:

“Sólo compartíamos con los hombres las campañas y la instrucción militar. Pero nuestra preparación era aparte, porque nuestra línea de carrera era otra. A nosotros nos formaban para trabajar en finanzas y en relaciones públicas”.

Asegura que la presencia femenina en la Escuela Militar al principio fue dura para los hombres:

“Muchas cosas cambiaron para ellos; perdieron su intimidad propia en las cuadras (dormitorios); el solo hecho de que haya mujeres no les permite decir garabatos ni mantener esas conversaciones propias de su forma de ser. Y tuvieron que acostumbrarse a tratar con mujeres”.

Algunos hombres opinan que la disciplina se puso menos exigente:

“Por ejemplo el reforzamiento físico (castigo con ejercicios) hoy es solamente de flexiones de pies y de manos y no puede superar los cinco minutos. Antes era mucho más”, remarca María Cristina.

También se adoptaron medidas para evitar la atracción de los varones hacia sus compañeras:

“En principio a los hombres todo lo de las mujeres les llamaba la atención. Sé que a la primera generación que entró en 1995, cuando las llevaban a la piscina a nadar, tenían que llegar con bata”.

“Piensa que el Ejército temía que hubiera demasiadas parejas y que la presencia femenina se convirtiera en algo más afectivo que militar. En los primeros años se prohibieron las relaciones sentimentales al interior de la escuela. Actualmente se permiten, pero deben ser informadas a los superiores. A los pololos y novios se les aplica la misma regla que a los matrimonios: no pueden estar en dependencia de mando”.

La capitán Gutiérrez y su compañera la oficial Francisca Maceratta Salvadores son autoras de *Análisis de los antecedentes referidos a la participación de la mujer militar en el Ejército de Chile entre 1974 y 2005 y una breve reseña histórica de la participación de la mujer militar en las Fuerzas Armadas del mundo*. Es el primer estudio sobre integración desarrollado por oficiales femeninas del Ejército. Lo realizaron como memoria para optar al título de Profesor Militar. Hasta su aparición en 2006, aseguran que no existía “ningún documento, libro o detalle escrito oficial que pueda describir la participación de las mujeres militares en el Ejército de Chile desde 1974 hasta 2005 tanto internamente como extrainstitucionalmente”.¹⁰

La tesis incluye la recopilación de documentos nunca antes expuestos que instituían las normas de admisión, enseñanza, y el destino profesional de las mujeres. Esas áridas disposiciones, que parecen simples legajos de burocracia, implicaron sin embargo, dramáticos efectos y consecuencias en la vida privada de ellas.

Contiene una detallada relación de la simbólica Orden de Comando del 17 de mayo de 1994 emitida por el entonces comandante en jefe del Ejército, Augusto Pinochet Ugarte,¹¹ documento del que se derivaron trascendentales medidas como la admisión de cadetes femeninas en la Escuela Militar.

El objetivo de la Orden era disponer la reorganización y funcionamiento del Servicio Femenino Militar. En el punto número uno reconoce “la creciente necesidad de que el personal alcance un alto nivel de especialización en el cumplimiento de la gestión administrativa y logística

de la institución”. Y en el punto número dos “la necesidad de integrar definitivamente al personal femenino a la institución dentro del proceso de modernización del Ejército”.

El carácter sexista de la Orden de Pinochet queda en evidencia en el objetivo general de la reorganización: “Contar con personal femenino instruido para cumplir actividades de carácter administrativo y logístico en reemplazo del personal masculino, permitiendo así el empleo de estos en actividades inherentes al combate (...)”.¹² Con ello, nuevamente las mujeres quedaban excluidas de la esencia de un arma castrense: la acción bélica.

La simpleza del alistamiento femenino se reflejó en el primer programa docente para las aspirantes a oficiales en la Escuela Militar. Este duraba sólo un año; su propósito era capacitarlas en las áreas de Personal, Informática y Computación, Finanzas y Relaciones Públicas. Posteriormente una orden de comando del 3 agosto de 1995 amplió la formación académica a dos años.

La capitán María Cristina Gutiérrez (31 años), proviene de un hogar con padre oficial de Carabineros y dos hermanos menores también militares. “Siempre me gustó el tema militar y si hubiera sido hombre, lo hubiera elegido igual”, sentencia.

Hoy recuerda que cuando fue aceptada en el selecto grupo de cadetes que iban a estudiar en la Escuela Militar estaba feliz, se sentía bien y no vio ninguna diferencia con el trato que recibían los varones. Con el tiempo y más experiencia cambió su visión:

“Mientras fui instructora en la Escuela Militar, noté que nuestra preparación no se homologaba con la que tienen las oficiales que entran actualmente. Siento que la formación docente que recibimos no fue muy buena, no teníamos igualdad, hoy está más equilibrada”.

En su época de cadete, María Cristina ni siquiera soñaba lo que ocurriría en 2001 cuando el programa de estudios elevó su calidad a nivel de enseñanza universitaria. Desde entonces la oficialidad egresa de la Escuela Militar con el grado académico de Licenciado en Ciencias Militares.

María Cristina está casada hace seis años con un oficial de Ejército del arma de Telecomunicaciones. El matrimonio es un factor clave en la carrera del Ejército. En su tesis ella aborda en extenso la normativa que regula los casamientos entre funcionarios militares de la institución. Abarca desde el periodo de la circular de 1988 que los prohibió hasta la Orden de Comando que volvió a autorizarlos, diez años más tarde, en 1998.

Durante mucho tiempo las distintas armas castrenses tuvieron el poder de denegar a su personal el permiso para contraer matrimonio. Recién en 1997, con la publicación del Decreto con Fuerza de Ley N°1 (G) "Estatuto del personal para las Fuerzas Armadas", el artículo N° 258 restringió esas facultades, limitándolas a la exigencia de tener ciertos grados y años de servicio. Además, estipula una instancia de reconsideración en caso de ser denegado el permiso.

Pero el mismo artículo 258 establece que el permiso matrimonial se otorgará de conformidad a los reglamentos internos de cada institución. En el caso del Ejército, la Orden de Comando del 9 de julio de 1998¹³ y la Cartilla de Procedimientos de Administración de Personal establecen las normas que deben respetar los matrimonios constituidos por miembros del Ejército:

a) Las destinaciones correspondientes y consecuentes derechos y beneficios se otorgarán de conformidad a lo dispuesto en el artículo 146 del Estatuto del personal, esto es, sólo si en el lugar de destinación los cónyuges desempeñarán labores que no impliquen relación directa entre ellos y cuando la destinación se encuentre justificada por las necesidades del servicio; y, con derechos a asignación por cambio de residencia, asignación familiar y pasajes y fletes para sólo uno de ellos.¹⁴

b) Cuando un oficial, Cuadro Permanente o empleado civil, sea designado a cumplir comisión de servicio al extranjero, el respectivo cónyuge deberá decidir por permanecer en su cargo, o solicitar permiso sin goce de remuneraciones durante su permanencia en el extranjero, debiendo tener presente, en este último caso, lo dispuesto en el artículo 228 del referido estatuto, que no hace computable dicho periodo como tiempo en el grado para efectos de ascenso ni de trienios, aún cuando hubiere enterado las correspondientes imposiciones previsionales.¹⁵

En la letra c, la Cartilla señala que si una militar femenina se casa con un marino o aviador y solicita su traslado por la destinación del marido, se le concederá "sólo si existe una plaza donde pueda prestar servicio, de lo contrario deberá decidir por permanecer en su cargo, o pedir permiso sin goce de remuneraciones o acogerse a retiro".¹⁶

Hay una disposición especial, signada con la letra e, dirigida a la funcionaria militar que contrae matrimonio con un general o con un comandante de Unidades Tácticas. Ella debe pedir permiso sin sueldo mientras su marido esté en el cargo para poder cumplir con las obligaciones de esposa tanto al interior de la institución como funciones de

representación en la comunidad.¹⁷ La esposa debe participar en actividades protocolares e integrar la Asociación de Señoras del Ejército.

La capitán María Cristina Gutiérrez es asesora del área de personal en el Comando Institutos Militares y Doctrina. Ella es una oficial de línea, lo que le otorga mayor antigüedad que las oficiales de Servicios. Asegura que desde las modificaciones al Estatuto de las Fuerzas Armadas, en 1998, su carrera se integró al escalafón de Intendencia y Material de Guerra. Pero su tope de ascenso es el rango de coronel. Espera llegar hasta ese grado, siempre y cuando haya podido consolidar su familia. Por varios años postergó la decisión de tener hijos por las duras exigencias del inicio de su carrera:

“Nosotros tenemos que preocuparnos de que cada etapa resulte bien. Estuve de oficial de personal, después seis años como teniente en la Escuela Militar y ahora soy capitán. Siempre hago las cosas lo mejor que puedo. La carrera se va a ir presentando a futuro como Dios quiera y como uno se esfuerce. Hoy para mí es muy importante compatibilizar la familia con el trabajo. No me interesa alcanzar un grado a costa de lo personal y familiar”.

El embarazo se ha convertido en su prioridad de vida más importante. Y hasta ha sugerido al Ejército que incorpore uniformes para militares en estado de gravidez:

“Ahora las embarazadas visten de civil, pero no está establecido a partir de qué mes, entonces usan la tenida de combate, porque es ancha y cómoda hasta que se les nota. En un viaje que hice a Estados Unidos traje modelos de uniformes militares para embarazadas y he planteado en diversas instancias que podamos usarlos, pero no depende de mí la decisión”.

Remarca que el Ejército promueve en su personal los valores de una familia legalmente formada y estable. Se aconseja que las jóvenes no se embaracen dentro de su periodo de Escuela. “No es compatible con la disciplina. Si ocurre, ellas tienen que pedir su retiro voluntario. No se las puede echar, pero deben pedir su retiro, porque no es compatible. No son muchos los casos que se presentan. En seis años en la Escuela Militar, sólo vi una situación”.

Para el Ejército no está bien ser padres solteros, se considera una situación irregular:

“Tanto a los hombres como a las mujeres que transgreden las normas y tienen hijos sin estar casados, se les pone una anotación en su hoja de servicio. Esa anotación queda de por vida y puede causarles dificultad

para ascender a un grado superior, o afectar a la postulación de un curso. Sin embargo, si esas personas regularizan su situación, sólo reciben una observación”.

Durante la gestión del comandante en jefe Ricardo Izurieta Caffarena, (1998-2002), se lograron más avances en beneficio de las oficiales femeninas. Gutiérrez y Maceratta, destacan que se permitió a varias mujeres que estaban en el escalafón Servicio Femenino Militar, cambiarse a los escalafones de Intendencia y Material de Guerra. En 2001, por primera vez, se permitió el ingreso de mujeres a la Academia Militar Politécnica. Las dos oficiales seleccionadas fueron la teniente Magali Cortés Yacksic y la teniente Mariana Melo Hernández.¹⁸ Ese mismo año la Escuela Militar integró a las oficiales femeninas a actividades propias del mando, permitiendo que se desempeñaran como comandantes de secciones mixtas.

También 2001 fue el primer año en que se permitió al personal femenino cumplir misiones en el extranjero. Dos oficiales viajaron como instructoras a la Escuela Militar del Ejército del Ecuador.¹⁹

Sin embargo, fue a partir de la designación de la actual presidenta Michelle Bachelet Jeria en el Ministerio de Defensa (2002 a 2004) cuando se impulsó vigorosamente la plena integración de las mujeres a todas las Fuerzas Armadas.

Bachelet fue la primera mujer en la historia de Chile y de América Latina en ocupar ese cargo. Después de su nombramiento, otras naciones latinoamericanas imitaron a nuestro país designando mujeres a la cabeza de las Fuerzas Armadas: Marta Lucía Ramírez asumió el Ministerio de Defensa de Colombia y Nilda Garré el de Argentina.

Antes de la gestión Bachelet, la participación femenina no estaba sujeta a una política pública de género con reglas comunes a todas las Fuerzas Armadas. Cada rama tenía su propia modalidad y avanzaba a su propio ritmo en afiliar a la mujer.

Bachelet diseñó y ejecutó una política construida sobre la base de los principios de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, de integración a lo largo de toda la carrera militar (desde soldadas conscriptas hasta oficiales), de competencia profesional y búsqueda permanente de una mayor equidad. Incluso creó en 2004 el comité de integración de la mujer a las Fuerzas Armadas que instaló la inclusión femenina como una de las prioridades de la gestión del Ministerio. Como resultado de este trabajo, el sector Defensa se convirtió en líder en integración en nuestro país y en el continente. Así lo reconoció en 2005, el Banco

Interamericano del Desarrollo al premiar al Ministerio de Defensa de Chile por sus políticas, planes y programas nacionales con impacto en la igualdad de género en América Latina y el Caribe.

En Defensa, en la era Bachelet se abrieron más oportunidades profesionales para las mujeres que en toda la historia de las Fuerzas Armadas. Y el Ejército –con el general Juan Emilio Cheyre al mando de la comandancia en jefe– fue pionero en implementar con celeridad las políticas de integración de fondo y de forma.

El estilo unisex de los uniformes militares debutó en 2002 cuando en la Escuela Militar se permitió a las tenientes instructoras usar la misma vestimenta que sus pares masculinos:²⁰

“Tenida N° 2 de salida, casco prusiano, botas de montar, sable y terciado café de cuero”. También la Unidad Femenina de la tradicional Revista de Reclutas de la Escuela Militar²¹ estrenó nuevo *look* de uniforme, usando el mismo que la sección masculina: casco prusiano y fusil Styer en el caso de las alumnas, y espada y botas de montar en el de las oficiales.

La búsqueda de equidad de género impactó explosivamente en la conscripción femenina. El Ejército aumentó progresivamente las vacantes para el Servicio Militar voluntario. De 100 cupos para mujeres, que se abrieron en 2001, las vacantes se incrementaron a 300 en 2005, y a 1.000 en 2006. Se espera alcanzar 2.000 plazas en 2010.

Otra obra importante de la ministra Bachelet fue incorporar a las Fuerzas Armadas chilenas a las operaciones de paz internacionales. Con ello se abrió un nuevo campo de participación a las mujeres militares.

Sin embargo, la medida más trascendental para la carrera militar femenina en el Ejército fue la oportunidad de ingresar, a partir de 2002, a las armas de apoyo de combate: Artillería, Telecomunicaciones e Ingenieros. Las jóvenes que optan por estas especialidades tienen la ventaja de ascender hasta el grado de general, integrar el alto mando institucional e incluso alcanzar el rango de comandante en jefe.

Pese a todo lo avanzado en los últimos años, todavía hay áreas del Ejército donde no se admiten mujeres. Las oficiales no pueden pertenecer a los grupos que realizan misiones de elite: comandos, combate especial, buceo táctico y fuerzas especiales. Tampoco se les permite entrar a las armas de Infantería y Blindados.

Para la capitán María Cristina Gutiérrez, el Ejército ha sido “sumamente sabio” en no tener personal femenino en armas que, en caso de guerra, combaten en primera línea:

“Se ha basado en experiencias internacionales donde los resultados fueron negativos. Si los hombres veían una mujer muerta, se desmoralizaban porque estaban viendo a su hermana o a su mamá. Es mucho más crudo para ellos. Además, la presencia de soldados femeninos provocó menor disuasión en el enemigo. ‘Decían, ah, tienen mujeres, les vamos a ganar’. Y también causó distracción entre sus pares. Es parte del hombre preocuparse de la mujer y si tomaban alguna de rehén, la unidad se abocaba a rescatarla, desvirtuando su misión”.

Explica la capitán que en un conflicto bélico, las armas de apoyo de combate, están más cerca del peligro y del enemigo, pero no lo enfrentan en forma directa.

A pesar de que en Artillería, Ingenieros y Telecomunicaciones, las oficiales pueden llegar hasta la cumbre de la pirámide institucional, son especialidades de extrema exigencia y alto costo en la vida personal.

La alférez Cristina Villanueva, quería ser del arma de Ingenieros:

“Me gustan los desafíos, me gusta el combate. Destacarme sobre mis compañeros para demostrar que la mujer tiene capacidades para hacer lo mismo que un hombre”.

Asegura que enfrentarse a un enemigo, matarlo y destruirlo no la perturba:

“Uno va adquiriendo experiencia que cada vez la hace más fuerte y madurar más rápido. Ahora puedo decir que si mato a alguien lo maté nomás, para eso soy militar, para defender mi país. No ha llegado el momento de que me ponga en ese lugar, pero si tengo que hacerlo, lo hago. Y me siento capaz. Incluso creo que la mujer es mucho más fría que un hombre, porque, por ejemplo, al hombre le produjo baja moral ver a una mujer muerta, si yo veo un hombre así, es normal; y si veo una compañera mujer, igual, porque está en las mismas condiciones que yo nomás”.

La alférez María Paz Romero Olea se sintió atraída por la especialidad de Artillería. Su talento deportivo fue tan sobresaliente que, hasta hoy, la recuerdan como una alumna “única”, con capacidades superiores a toda su generación. Se destacó como paracaidista, integró la rama de atletismo de la Escuela Militar y también corrió la maratón de Nueva York.

No obstante, se puso de novia con un militar y cambiaron sus prioridades:

“Tuvimos campañas muy largas y seguidas. Me proyecté con una familia e hijos enfrentando jornadas desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Decidí que armas no era para mí. No me gustaría pedir

apoyo para criar a mis hijos. Quiero llegar de mi trabajo y yo ayudarlos en sus tareas, no la nana ni mi mamá. Tampoco quisiera que en mi periodo de pre y postnatal, haya un compañero hombre que, además de hacer su pega, tenga que reemplazarme en la mía”.

María Paz optó por la especialidad de Arsenales de Guerra.

Cristina Villanueva, pese a sus aguerridas declaraciones, escogió Material de Guerra. Asevera que en su determinación no influyó su proyecto de vida familiar:

“La decisión de cambiarme fue fría, profesional y pensando en mi futuro. Me di cuenta de que siendo de servicio cumpla las mismas funciones que en armas: instrucción, campañas, estar con soldados, postular a cursos en extranjero. Material de Guerra es una carrera más técnica y permite seguir estudiando, hacer diplomados o ir a la Academia Politécnica. También podría ascender a general, aunque ahora hay sólo un cupo en esta especialidad, creo que en 30 años habrá más vacantes”.

ELITE DE COMBATE

Las rudas maniobras militares y largas jornadas no impidieron a las subteñientes: Bárbara Ewing, Javiera Torrealba y Andrea Bonet, elegir un carrera de armas. Javiera y Andrea son de Ingenieros y Bárbara, de Artillería.

Su línea de carrera les permitirá a futuro estar en el selecto grupo de altos oficiales donde se escoge el comandante en jefe. Ese ascenso las hace sonreír por lo lejano en el tiempo. Con el clásico sentido práctico militar, piensan que muchas cosas pueden cambiar en su trayectoria profesional. Pero no creen imposible que una mujer se convierta en la máxima autoridad del Ejército.

Bárbara Ewing pertenece a una familia de militares de la rama de Artillería:

“Nunca me interioricé sobre nada civil, no me llamó la atención ni entrar a la universidad. La vida militar es la que llevé siempre con mi familia y me gusta. Vi los trabajos que hacía mi papá, el tiempo que podía estar con nosotros, cómo era el ambiente, la gente que se conoce, los beneficios que hay si uno va logrando metas. Se puede optar a cursos, salir al extranjero, perfeccionarse y eso también le entrega cosas a la familia. Esos objetivos a corto plazo que me traen algún tipo de beneficio, los veo más posibles en el Ejército que en una empresa civil”.

Apenas se ofrecieron vacantes en Artillería, ella continuó la tradición de los Ewing y se unió al grupo de los “atorados”, como llaman a los artilleros:

“Lo encuentro más entretenido. Me gusta disparar, la balística, el tiro, la física, la trayectoria del tiro. Disparamos cañones, diferentes tipos de obuses y armas antiguas. En Concepción trabajé con un material del año 70. La Artillería que se encuentra en el sur es la más antigua. Lo nuevo está llegando al norte”.

Explica que en un conflicto bélico, los artilleros van detrás de la infantería y apoyan con fuego el avance o la defensa de las tropas.

A Bárbara le parece liviano que las alumnas de la Escuela Militar aseveren que si escogen armas, no van a poder desarrollarse como madres o dueñas de casa:

“Eso no está probado, porque todavía no hay oficiales de Artillería que tengan esa experiencia. Fui criada por una mamá que trabaja y no me falta nada. Es cierto que en Artillería debemos ir a campaña durante un mes, si tengo que ausentarme tendré que buscar apoyo y contar con un tremendo equipo familiar que me ayude a cuidar las guaguas. Y si el marido es militar, veremos cómo cuadrarnos el tema. Pero todo eso no lo encuentro una limitante y hay mucha gente que lo usa como excusa para no elegir esta carrera”.

También Javiera Torrealba se crió en un ambiente militar. Su madre estudió en la Escuela Femenina del Ejército (ESAFE) en Guayacán y llegó hasta el grado de mayor; su papá ascendió hasta coronel, ambos están en retiro. A Javiera, sin embargo, le atraía más el campo, amaba los animales y pensaba ser veterinaria:

“Mi interés por lo militar se despertó muy tarde. Vivimos dos años en Estados Unidos por el trabajo de mi papá y me empezó a llamar la atención. Lo encontré nuevo, divertido, entretenido. La primera vez que se lo conté a mi papá en talla, me dijo que no. Y eso ya me gustó más todavía. Cuando llegué a Chile postulé a la Escuela Militar, sin saber mucho, sólo para probar y me encantó”.

Javiera advierte que la decisión de ser del arma de Ingenieros fue igual de abrupta. No le gustaban los ingenieros, los encontraba “cuadrados”, que estudiaban mucha matemática y cálculo:

“Casi al final de cuarto año, me atrajo el uso de explosivos y el manejo de personal. Me gusta mucho trabajar con gente. Así me decidí”.

En tiempos de guerra, Ingenieros se preocupa de la movilidad y supervivencia de las tropas. Son los primeros en abrir brechas, también construyen puentes y habilitan caminos. En época de paz se encargan de eliminar minas antipersonales.

Javiera trabajó en su especialidad con soldados conscriptos durante dos años. Hacerse respetar por una sección de 35 hombres fue una prueba de fuego para ella y una experiencia desconocida para los jóvenes:

“Para que el hombre a uno la acepte, es un asunto de choque, de primera impresión. Tengo una personalidad que a mucha gente le choca: hablo muy fuerte, soy de mucho desplante y bastante carácter. No me costó que me respetaran. Si uno les demuestra desde el primer momento quién manda de verdad, los gallos se someten al tiro”.

No se trata sólo de dar órdenes en tono golpeado, sino también de expresar preocupación humana por los subalternos:

“Para que a uno la respalde su gente, los tiene que convencer de corazón. Las mujeres tenemos más facilidades para hacer eso, somos más preocupadas. Todas las noches pasaba donde mis soldados, les revisaba los pies, su ropa interior y los tocaba. Todo el mundo me quedaba mirando, pero era mi trabajo. No puedo dejar de mirar una herida que tiene mi soldado en el pie, porque soy mujer y me da asco tocarla. O no revisarle la ropa interior diariamente para ver si él se cambia o no. En esos dos años, jamás tuve un problema con un soldado conscripto, a diferencia de algunos oficiales hombres. Cuando yo estaba de semana (turno), se portaban como unos ángeles. No me tocó para nada ver soldados machistas. Es impresionante como se someten, quieren, se dejan querer, defienden y protegen”.

Andrea Bonet iba a estudiar arquitectura, pero un episodio familiar cambió radicalmente su destino. Estaba en cuarto medio y su papá, quien era oficial del arma de Ingenieros, se acogió a retiro:

“Vi que le tenía apego al sistema de vida que yo llevaba; que sentía un cariño tan distinto, porque no existen palabras para explicar qué se siente por la vida militar. Son valores y sentimientos que tiene uno nomás”.

Además, le pareció atractivo seguir una profesión no común entre las mujeres:

“Terminé escogiendo Ingenieros, por el sueño de trabajar en un área muy similar a la de mi papá. Somos muy compatibles en personalidad, a pesar de que las niñas tratan de ser más o menos parecidas a las mamás, en mi caso, el norte era mi papá”.

Andrea participó en una operación de paz de Naciones Unidas. Cumplía con todos los requisitos para postular: soltera, sin hijos, habla inglés y es oficial de armas. La enviaron a Bosnia en septiembre de 2006 y estuvo siete meses allá en un grupo de 23 chilenos:

“Militarmente hablando mi experiencia fue súper buena. Uno se codea a diario con ejércitos desarrollados que tienen una mentalidad bastante más avanzada que la sociedad chilena. Cuando viajé, pensé que iba a estar sola, pero la base que me tocó estaba llena de mujeres: soldadas, personal del Cuerpo Permanente, oficiales de todas las nacionalidades. Yo tenía a cargo cinco camiones en los que salía a terreno a retirar armamento y munición. De cinco conductores, tres eran mujeres. La inserción femenina afuera no es tema, aunque en los ejércitos que yo vi, igual que acá, no ingresan a Infantería y Caballería”.

Andrea fue a apoyar la reestructuración del Ejército de Bosnia que quedó totalmente desarticulado después de la guerra:

“En Bosnia me tocó trabajar con dos países que son cabeza en Europa en misiones de paz: Holanda e Inglaterra. Yo vivía en el sector de los ingleses, que son más estructurados y recatados que los holandeses. Pero igual ellos no tienen ese problema de separar tanto a los hombres de las mujeres. Mi pieza y mi baño estaban al lado del de los hombres. Las mujeres de Holanda, en cambio, comparten las duchas con los hombres, se bañan al lado de los hombres. Socialmente los holandeses están más desarrollados y son tan abiertos que aceptan la homosexualidad dentro del Ejército, entonces bañarse y compartir un baño al final es un detalle. Ellos tienen un criterio quizás más amplio para ver esas cosas. Para mí la homosexualidad no es tema. Creo que hay que tener un respeto humano a la gente. Cada uno decide la tendencia que quiera tener, mientras yo tenga clara cuál es mi inclinación sexual”.

Pero le complica pensar que el Ejército de Chile pudiera admitirlos en sus filas:

“Mi opinión –que por favor no se interprete como del Ejército– no va de acuerdo con ello, quizás por una formación familiar. Pero no es que tenga algún problema de discriminación en contra de personas con una inclinación sexual determinada. Para mí no sería común”.

Según Bárbara Ewing la institución no está preparada:

“El Ejército es una representación de la sociedad, nosotros vamos avanzando según como avance la sociedad chilena. Y si la sociedad todavía no los acepta y los ve como un fenómeno, es bien complicado que

se puedan desarrollar en un ambiente como el de cualquier rama de las Fuerzas Armadas. Quizás la persona de esa inclinación sexual no tiene ningún problema. Es el resto, la mayoría que tiene que convivir con él, la que puede presentarlo”.

También tienen reparos contra la admisión progresiva de más soldadas conscriptas y proponen una acogida gradual y de mejor distribución en los regimientos.

Para Bárbara Ewing el deseo de integrar cada vez más a mujeres perjudica la operacionalidad de las unidades. Menciona que sólo al Regimiento Chacabuco llegaron 120 soldadas que no tenían capacidad física para enfrentar algunas tareas, porque las OME (Ocupación Militar Especializada), que son parte primordial de la instrucción de los soldados conscriptos, no fueron creadas para mujeres:

“En Artillería cada pieza está constituida de ocho soldados y solamente puede haber dos mujeres, porque la pieza pesa 1.300 kilos y ellas no pueden cargar parte de la pieza, o se demoran más”.

También critica Bárbara que se improvisa con sus destinaciones: “El Ejército primero recibe a las conscriptas y después se preocupa de ver en qué unidades las va a poner. Ampliar más el número de soldadas no sería bueno, porque los regimientos empiezan a quedar medios cojos en algunas cosas”.

Javiera remarca que no hay instalaciones para tantas mujeres, como tampoco se dispone de personal que las cuide y las controle. Durante el día las conscriptas trabajan en distintas unidades, pero a las seis de la tarde se reúnen en una cuadra (dormitorio) y pasan a formar parte de una “unidad femenina”, que requiere de una oficial y una clase que las vigile:

“Somos pocas las oficiales en los regimientos –precisa Bárbara– y hay que hacer un rol (turno) de semana. Nosotros tuvimos suerte porque éramos cuatro y por lo menos nos tocaba una vez al mes. Pero se enfermaba una y empezaba a acortarse el rol. Yo no sólo cumplía rol en la unidad femenina, sino también en la batería de artillería y en el grupo de artillería, entonces de repente estaba tres semanas al hilo levantándome a las cinco de las mañana. Eso me perjudicó porque yo era mujer y tenía que cuidar a las mujeres y había oficiales hombres que hacían rol una vez cada dos meses”.

Javiera precisa que controlar soldadas cuesta trabajo:

“Hay que ver cuando almuerzan y cenan, que esté toda su comida, que coman como corresponde, que tengan todo lo que necesitan, que

en las noches se duchen, y se acuesten bien. El régimen militar es un régimen controlado. No podemos dejarlas al libre albedrío, porque en hipotética situación de guerra lo que nos va a servir es una estructura mental organizada para saber exactamente qué hacer en tal o cual situación. Para ello, hay una preparación previa que pasa por algo tan simple como controlar que los soldados se pongan la ropa en forma adecuada, que todos los días se cambien ropa interior y calcetines, que tengan el hábito de lavarse los dientes”.

Bárbara agrega que como ellas postulan en forma voluntaria al servicio militar, algunas muy patudas tienen la actitud de que le están haciendo un favor al Ejército:

“Más mujeres van a ser más problemas de género. Los hombres, por ejemplo, solucionan los problemas a combos. Las mujeres son complicadas, se pelan, dan vuelta el rollo, que me dijiste o me miraste feo. Ese es el mayor problema, pero no tienen dificultades en aguantar lo que se les exija”.

Para Andrea Bonet el objetivo de insertar a la mujer no puede estar por encima del fin último del Ejército que es entrenarse para la defensa del país:

“A mí me pasó que, sinceramente, en algún minuto me estorbaban. Disponía de muchas mujeres, pero no me servían para acarrear todas las piezas que necesitaba mover. A un panel que pesa 300 kilos, los hombres lo levantan entre seis. Las mujeres tenían que hacerlo entre ocho. Ya perdía dos soldadas en cargar. Se pierde personal mal empleado y se enlentece la operación. Entonces yo sobrecargaba a los hombres quienes hacían el peso o la fuerza bruta para mover las piezas. Qué lata que uno misma como mujer llegue al punto de discriminar. Pero si metemos más mujeres hasta lograr que sean cincuenta y cincuenta con los hombres, haríamos retroceder el objetivo que tenemos como institución”.

Barbara Ewing sostiene que sólo se debería llegar a la meta de incorporar dos mil mujeres, si hay un estudio que demuestre que el Ejército tiene capacidad de recibirlas y si existen las OME para que ellas se desarrollen.

Evelyn Rakos, quien dirige el comité de integración del Ministerio de Defensa, advierte que no podría haber suficientes mujeres para controlar a las nuevas si no se abre ese espacio. “Este es un periodo de transición donde se pagan los costos iniciales de la apertura. Pero los beneficios se van a ver a futuro. De todas formas el Ministerio de Defensa encargó un

estudio para ver qué OMES ofrecen posibilidades a las mujeres y sobre esa base ver con qué gradualidad se puede llegar a cumplir la meta de dos mil mujeres”.

Bárbara indica que el alto mando las distribuye en forma dispar en los diversos regimientos:

“Un arma que se ha visto muy perjudicada es Telecomunicaciones. La llenaron de mujeres porque allí no acarrear piezas de Artillería ni cargan puentes. Pero también requiere esfuerzo físico. Vi cómo equipaban a las soldadas para subir un poste y no se podían el cuerpo”.

Javiera asegura que en Punta Arenas, el batallón de mujeres de Telecomunicaciones tenía muchas dificultades para armar las enormes antenas con un viento de 120 kilómetros por hora.

Aseguran que en ciertas especialidades militares es muy difícil que se adapten. A la rama de montaña todavía no ha postulado ninguna, porque tienen que marchar varios kilómetros con una mochila que pesa unos 35 kilos. Y se oponen a que se reduzca el nivel de exigencias para que las mujeres entren a cursos de comandos, combate especial, buceo táctico y fuerzas especiales.

“Lo queramos o no vamos a estar más tristes una vez al mes –sostiene Bárbara. Por eso de repente es más dura la formación de la mujer. La Escuela Militar nunca va a enfatizar en una alumna que ella es mujer. Al contrario, hay que tratar que se sienta lo más normal, una más. Si a una le duelen los ovarios, se toma un remedio y se queda callada. No tiene que estar con cara de compungida, esperando que le pregunten ‘qué le pasa’ para decir: ‘es que me duelen los ovarios, mi capitán y no puedo trabajar hoy día’. Eso no puede ser. Tal vez en una pega paisa, una puede pasar ahí un ratito, pero acá ella no puede dejar de ir a campaña, no puede dejar a su tropa ni a sus soldados, porque le duelen los ovarios”.

Como instructoras, se enorgullecen de ser más duras que los hombres. Si una alumna se queja de dolor de ovarios, Andrea le contesta: “¡Qué pena!”. Javiera advierte: “A la galla que le duelen los ovarios, le voy a poner buzo y va a tener que ir a trotar igual”.

Para ellas, la femineidad de una militar debe ser despojada de ciertos rasgos emocionales comunes en las mujeres:

“Idealmente no deben reírse con todos los hombres que se les crucen porque eso puede tergiversarse –dice Bárbara. Hay que enseñarles a ser más parcas. A la mujer se le nota más lo que le está pasando, si tiene pena se le nota, si anda triste se le nota, si tiene hambre se le nota. Hay

que tratar de que no se les note tanto". Para ellas evitar la coquetería y el acoso sexual, depende de la mujer. Si ella sabe emitir con el lenguaje corporal ciertas señales al sexo opuesto, también es capaz de bloquear aquellos mensajes destinados a despertar el deseo: "A uno le hacen lo que uno permite que le hagan", repiten a coro.

Durante las campañas militares, ellas están obligadas a enfrentar con sus compañeros y subalternos varones ciertos grados de intimidación en que podría surgir el acoso sexual. Bárbara ha tenido que acostarse en saco de dormir junto a los conscriptos que tiene a cargo. En Punta Arenas, Javiera durmió dentro de carros mecanizados con cabos y soldados:

"Dormíamos súper apretados, muy encima uno del otro, porque el frío es terrible. Los carros de una compañía mecanizada están aproximadamente a una distancia de 150 metros y corre un viento de 120 kilómetros por hora. Me hubiese podido morir gritando y no me habría escuchado nadie. Pero jamás tuve un problema".

Ni siquiera tenía privacidad para hacer sus necesidades:

"En ese terreno no hay ningún árbol. Para protegernos, desplegábamos una malla entre los carros mecanizados. Debía hacer mis necesidades dentro de la malla. Entonces le decía a mi soldado que necesitaba ir al baño y él me hacía guardia".

La marcada delimitación de roles, propia de la vida militar, si bien crea distancia, no impide que algunos hombres les hagan insinuaciones de contenido sexual. Ríen al recordarlas porque las han recibido de conscriptos muy jóvenes que se atreven a enviarles mensajes de texto por teléfono celular:

"Mi teniente, hoy día amaneció tan linda", le escribieron a Bárbara:

"Ahí hay que agarrar al gallo que mandó el mensaje y ponerlo firme nomás. Llamarle la atención, porque lo que él piense, es problema de él, pero lo que hizo no corresponde. Así uno muestra su posición frente a ese tipo de actitudes".

En una oportunidad, mientras Javiera estaba dando instrucción un conscripto se sintió fuertemente atraído por ella:

"No me sacaba los ojos de encima, insistentemente. Estaba como tonto, como embobado. Entonces yo lo quedé mirando y le dije: '¿Y a usted qué le pasa, por qué me mira tanto?'. Y me dijo: '¡Sabe qué es tan linda mi teniente!', le salió del alma. Y yo quedé así como, '¿qué le digo?' y le respondí: '¡Ya, no sea desubicado! ¡Preocúpese de la instrucción!'. Esas cosas hay que saber manejarlas".

Las tres oficiales son muy prudentes a la hora de expresar sus ambiciones profesionales. Por ahora no piensan en la oportunidad de ser comandantes en jefe porque no se les va a presentar antes de 30 años. Se plantean objetivos a corto plazo solamente. A Bárbara le gustaría postular a la Academia Politécnica, pero recién podría hacerlo dentro de tres años. Después de cinco años de estudio egresaría como ingeniero politécnico militar. Podría ascender a coronel y a general, pero ocupando cargos de asesoría en el Estado mayor o ser comandante de regimiento. No tendría mando directo de tropas. “Pero esa es una idea que hay que ir madurando. Nosotros somos súper jóvenes en la carrera y no es momento de tomar decisiones que van a trascender en los años”, sentencia.

Javiera está segura de que en lo que proyecte va a llegar muy lejos: “Nada me va a detener, a no ser que sea yo misma”.

Sin embargo, pronto va a casarse y confiesa que eso influye en sus expectativas: “Podría embarazarme, tener mellizos y cambiarían completamente mis prioridades”.

Andrea se define como solterísima, pero admite que el amor sería determinante en su perspectiva de vida y proyección profesional.

La maternidad y el desarrollo familiar son tan importantes para ellas como el trabajo. Y aspiran a constituir una familia nuclear tradicional, pese a que las cifras revelan que la tendencia en los hogares chilenos apunta a nuevas formas de familia: monoparentales, en situación de convivencia, entre otras.

Las situaciones familiares formalmente no reconocidas como ser madre o padre soltero son una falta. Pero según Bárbara se están estudiando reformas en esa materia. En la práctica hoy depende del criterio del comandante de unidad, quien decide si aplica sanción:

“Si lo afrontan de forma honesta, porque un error, o una cosa así le puede pasar a cualquiera, el Ejército ha ido avanzando. Hoy si le pasa a una mujer, eso no acorta sus capacidades profesionales. En el caso de los hombres igual. Hace unos años mi general Cheyre dio un “perdonazo” a los que tuviesen hijos fuera del matrimonio para que los inscribieran y pudieran recibir los beneficios del Ejército”.

Para Javiera es válido que una militar soltera pueda optar a tener hijos sin casarse. Bárbara remarca que en la Escuela Militar se enseña que el deber ser es que las personas contraigan matrimonio y después tengan hijos:

“La madre soltera no es que sea mala oficial. Idealmente al alumno hay que enseñarle que la familia está constituida por un hombre y una mujer y que los hijos vienen después del matrimonio. También hay que explicarle que pasan excepciones. De 12 cabos que yo tenía a cargo, 11 tenían una carga familiar. Y de los 11, sólo tres eran casados. En el Ejército eso pasa, no se considera una opción”.

Andrea aspira a una vida austera y sexualmente íntegra dentro del matrimonio como enseña la Iglesia Católica. Con Bárbara intentan transmitir a los cadetes los valores católicos:

“Tratamos de enseñarles, por ejemplo, que ellos tienen que ser un poco más humildes, porque como uno rápidamente logra cosas, tiende a ser soberbio”, asevera Bárbara.

Javiera en cambio no se identifica con los valores de la Iglesia Católica: “Creo muchísimo en Dios que para mí está presente siempre y todos los días, pero no sé si llamarlo catolicismo, no voy casi nunca a misa”.

Ante la posibilidad de aceptar matrimonios entre funcionarios de distinta jerarquía, las tres tienen una posición conservadora:

“En el Ejército las relaciones sentimentales son horizontales y no verticales: oficiales con oficiales, personas de planta con personas de planta y soldados conscriptos con soldados conscriptos”.

Lo correcto para ellas es que si hay oficiales que deciden casarse con suboficiales renuncien a la institución:

“En nuestra estructura de vida, y es igual en todas las ramas de Fuerzas Armadas, los suboficiales no pueden entrar al casino de oficiales. ¿Cómo un teniente, casado con una cabo, lleva a su señora a comer al casino de oficiales? ¿En qué villa van a vivir, en la de oficiales o en la de suboficiales? No sé qué está escrito en el reglamento, pero en la cultura, en el inconsciente colectivo, todos sabemos que no se puede”, recalca Bárbara.

Como exponentes de las nuevas generaciones de oficiales de Ejército, Bárbara, Javiera y Andrea, se sienten muy distantes del régimen militar del general Pinochet:

“De repente se estereotipa al militar con esa época y yo no había nacido –dice Andrea Bonet. El derecho humano, el respeto a las personas, es algo súper importante para el Ejército. No es que hayamos dado vuelta la página para olvidar una etapa determinada. La historia no se borra, pero operativamente, y como parte de la función que cumplimos, no nos podríamos quedar pegados en ese periodo, porque no seríamos leales con el país. Tenemos que seguir avanzando”.

Bárbara Ewing no desconoce su relación con esa época:

“Nuestros papás estuvieron ligados al Ejército en ese periodo. También perdimos gente y a la mayoría de las personas que están siendo procesadas, las conocemos por una cosa generacional, porque todos los que estamos hoy en el país tenemos que ver con lo que pasó. Pero la Escuela Militar no le da un matiz diferente ni hace actos. El funeral de Pinochet fue un funeral de alguien importante institucionalmente y para el país. En Linares me tocó recibir los restos del fundador de la Escuela de Artillería y fue lo mismo. Que se le haya dado una connotación diferente, eso se lo da la gente civil, la Escuela sólo entregó los medios para que la gente entrara y se realizara un funeral conforme al reglamento”.

Bárbara Ewing es sobrina del teniente coronel Roger Vergara, asesinado por un comando del MIR el 15 de julio de 1980. Por esa tragedia familiar, Bárbara ha sentido la inquietud de interiorizarse sobre movimientos guerrilleros chilenos de la izquierda revolucionaria como el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. “Ellos también tienen una estructura. Pero en lo que me informé no vi la participación de mujeres. Sé que el grupo que mató a mi tío está libre y yo no tengo rencor contra nadie, ellos estaban en una situación y tenían un contexto. El problema es que nosotros cuando analizamos las cosas que pasaron en esa época las sacamos de contexto. Mi familia sufrió como sufrieron muchas familias y no por eso voy a odiar”.

Respecto de las mujeres que participaron en grupos armados durante el régimen militar, no tienen opinión. Andrea se sorprende: “Nunca se me había ocurrido pensar que a ellas también se les considerara militares”.

ANÁLISIS DEL EJÉRCITO

Ciertos letrados que suelen poner los militares en sus propiedades: “¡Cuidado recinto militar!”, “No se admiten extraños”, retratan esa cultura territorial y excluyente, propia del ethos castrense, que se pone en guardia y a la defensiva ante todo lo que está fuera de su círculo.

Con esas mismas vallas tropezaron las pioneras de la trayectoria femenina en el Ejército, según testimonian mujeres, de las generaciones del 70, 90 y 2000, acerca de los obstáculos sorteados durante años para ser admitidas en los cuarteles.

La primera muralla que debieron enfrentar fue el miedo ancestral de un clan hermético de hombres rudos que percibían una amenaza de intrusión en su territorio. Se trata de un recelo que opera con una lógica binaria: lo que no es militar no es masculino ni afín. Es lo otro, lo distinto, lo inferior, lo subordinado. Los civiles y las mujeres habitan en la región de la otredad.

En esa visión maniquea, lo militar, lo uniformado, fagocita a la diversidad. De ahí el temor atávico de la madre de Wanda Santoni cuando su hija le comunica que va a entrar al Ejército: “Me asusta un poco, porque te vas a convertir en un hombre”.

Un pánico semejante parece haber estado presente en los ideólogos de la Escuela Femenina Militar, quienes impusieron a las reclutas forzadas normas de feminización en la ropa y el maquillaje, que incluían hasta la exigencia de mascotas de peluche o muñecas en el equipamiento reglamentario. Según María Elena Valenzuela tales pautas revelan la cosmovisión de lo femenino propia del régimen dictatorial. La mujer se consideraba un sujeto infantil que debía ser cuidado, protegido y confinado a la esfera privada del hogar, donde debía cumplir un rol reproductivo y de total sumisión al servicio de la familia.

Tras las fórmulas de femineidad que aparentan un cuidado meramente estético, se percibe lo que Judith Butler denomina una hiperbolización de la construcción social del género. Butler propone que ser hombre o ser mujer son cuestiones internamente inestables, que están siempre acosadas por la ambivalencia.²² Por ello, la economía heterosexual debe vigilar constantemente sus fronteras contra la invasión de lo anómalo (el pánico homosexual).²³ Tras la noción de que el vestido (o el maquillaje) hacen a la mujer, subyace un modo de corporizar las normas género. Así la heterosexualidad hegemónica realiza un esfuerzo constante y repetido por imitar sus propias idealizaciones, las que nunca pueden alcanzarse en forma completa y final.²⁴ *De modo que la femineidad no es un producto de la decisión, sino de la cita obligada de una norma*²⁵ (...) *Esta clase de cita se manifestará como algo teatral en la medida en que imite y haga hiperbólica la convención discursiva (...)* *El gesto hiperbólico es esencial para poner en evidencia la ley homofóbica.*²⁶

Durante la dictadura, el Ejército mantuvo una inflexible separación de roles de acuerdo a los estereotipos tradicionales. Los hombres detentaban el poder, el mando y las tareas de combate propiamente militares, mientras

que las mujeres realizaban labores administrativas, auxiliares y de apoyo, reproduciendo la división del trabajo en el hogar patriarcal.

Los títulos profesionales de las reclutadas por la ESAFE, (secretaria, asistente social, educadora de párvulos) confirman que la soberanía masculina —que requiere que su otro sea tanto femenino como inferior— replica la identidad relacional de la mujer como un ser para otros, al servicio de otros. Esta segregación patriarcal de funciones se prolongó hasta fines de los 90, aunque con una grieta importante: el ingreso de las mujeres a la Escuela Militar.

A partir de la educación militar mixta, el Ejército empieza el proceso de desmontar sus estructuras más rígidas. Lo empujan las paulatinas reformas de los gobiernos civiles dirigidas a respetar tratados internacionales contra la discriminación. Pero, además, lo impulsa su propia necesidad de legitimarse como Ejército ante la ciudadanía, cargando la pesada herencia del régimen militar. Con ese objetivo, no sólo acepta una mayor presencia femenina en los cuarteles, también accede a redistribuir el poder interno, cediendo parte de la jerarquía y del mando a las mujeres.

Desde el 2000 en adelante, el Ejército ha realizado enormes esfuerzos para integrar a las mujeres. No sólo ha contribuido a una mayor equidad con las oficiales y suboficiales, también se ha abierto a recibir un número cada vez mayor de soldadas conscriptas, lo que otorga a las jóvenes que hacen voluntariamente el servicio militar herramientas de capacitación a las que antes tenía acceso sólo los varones.

No obstante, desde una óptica de género, pese a que hay más mujeres y con más poder dentro de la institución, todavía no se observa un salto cualitativo en la idiosincrasia del Ejército que incluya la especificidad femenina. Lo que revela un vacío de contenidos educativos, con enfoque de género, en las políticas del Ministerio de Defensa, que sustenten la integración.

La estrategia formativa y disciplinaria hacia las cadetes es homogeneizante y derivada de una visión androcéntrica que se impone como neutra. Como revelan algunas instructoras de la Escuela Militar, una mujer se considera mejor oficial si aprende a inhibir ciertos rasgos típicos femeninos. El dolor de ovarios debe ser negado, ignorado y reprimido. Ellas no pueden traslucir sus sentimientos ni estados de ánimo y deben ser parcas en su estilo. Resulta sugerente que el nombre *parca* también signifique muerte, pues es el nombre de una de las tres viejas deidades griegas, la que se encarga de cortar la hebra de la vida.

A las instructoras de conscriptas, les estorban atributos femeninos como la menor fuerza física o la forma enrevesada de abordar conflictos. Algunas oficiales de armas, quienes tienen ahora una promisorio carrera gracias a la integración, desconocen los fundamentos teóricos de esa política y no están interesadas en alcanzar una plena paridad de género. Para ellas, la búsqueda de equidad obstruye el fin primordial del Ejército que es la defensa del país.

Bajo el prisma de la masculinidad hegemónica, las normas reguladoras del matrimonio entre funcionarios del Ejército revelan una política de administración de personal intervencionista en la relación conyugal, y asimétrica en los derechos laborales de marido y mujer. Persisten ordenanzas que favorecen los privilegios masculinos dejando en franca desventaja la carrera militar femenina. Por ejemplo, la exigencia a las esposas de generales y comandantes de Unidades Tácticas, de pedir permiso sin sueldo para acompañar al marido en actividades protocolares, es más compatible con el estilo de vida de una dueña de casa que de una mujer profesional. También las normas que rigen las destinaciones por ahora no pueden garantizar que un determinado traslado resguarde en forma simultánea el desarrollo profesional de ambos cónyuges.

Tal intromisión del Ejército en las relaciones entre esposos que están “en servicio” nos remite a la obra *El grito de Antígona* de Judith Butler, que examina cómo el Estado, a través de su ejército, interfiere en la felicidad de la familia y *alista a esa familia al servicio de su propia militarización*.²⁷

Las disposiciones internas del Ejército exhortan al personal a un “deber ser” de contraer matrimonio y constituir una familia nuclear tradicional. Con ello la institución no toma en cuenta el progreso evolutivo experimentado por la familia chilena en las últimas décadas ni la diversidad de formas de vida en pareja.

Según la tesis de la especialista en Defensa, Lina Díaz, *Fuerzas Armadas, moral y religión. El caso chileno*, el Ejército tiene un concepto valórico de la familia establecido por la moral cristiana, toda vez que liga la familia con el matrimonio, aunque, a juicio de Díaz, ese vínculo no está determinado en esa forma ni por la Constitución Política ni por la Ley de Matrimonio Civil de 2004.²⁸

La investigadora detectó en la Ordenanza del Ejército, dictada en febrero de 2006, *mezclas conceptuales entre ‘ética militar’, ‘valores militares’ y ‘valores cristianos’*. Lo que se traduce en imposiciones al personal, en su vida privada y familiar, de normas de contenido moral religioso. La

transgresión de estos reglamentos, señala Díaz, conlleva faltas a la disciplina y a los valores militares:²⁹

¿Es legítimo que una institución del Estado imponga a sus miembros una conducta privada que puede ser contraria a sus creencias? asumiendo que no necesariamente afecte al servicio (...) que se encuadra en la defensa de la patria y el cumplimiento de los deberes asignados a las FFAA por la Constitución y las leyes?, interroga Lina Díaz.³⁰

En otro plano, el Ejército no ha estado ajeno al debate sobre la diversidad sexual que ha surgido a nivel mundial en las últimas décadas. Ya en 1990, a pocos meses de haber entregado el poder, el general Pinochet criticó a las Fuerzas Armadas alemanas: *Hoy tenemos un Ejército alemán de marihuaneros, drogadictos, melenudos, homosexuales y sindicalistas.*³¹

Las expresiones de Pinochet dieron la vuelta al mundo como una evidencia de su homofobia, pero también como muestra de una mentalidad excluyente fuertemente arraigada en las Fuerzas Armadas chilenas.

Esa idiosincrasia nuevamente quedó en evidencia en septiembre de 2004, cuando el entonces secretario general del Ejército, Gonzalo Santelices,³² reavivó la controversia con su artículo *La homosexualidad y las Fuerzas Armadas*, publicado en la revista interna *Memorial*.³³

En ese texto, el general Santelices, profesor de la Academia de Guerra y formador de muchos oficiales, expuso los fundamentos biológicos, económicos y morales para impedir el ingreso de homosexuales a las filas del Ejército:

*Hay que ponerse serios, no ser prejuiciosos (...) Me puse a investigar y llegué a la conclusión de que no es conveniente que homosexuales se incorporen al Ejército (chileno). La sociedad actual está marcada por un relativismo moral, según el cual no se valora el acto humano con referencia a principios permanentes y objetivos, propios de la naturaleza creada por Dios. Esto nos lleva a afirmar que no es posible que los homosexuales puedan ingresar al Ejército (...). No se debe discriminar a quien, según estudios realizados, está enfermo, lo que no quiere decir que por ello se deba aceptar su conducta, la cual no es propia de la naturaleza del hombre. El fin del sexo es la procreación, y esta se da sólo en parejas de distinto sexo y por lo mismo es socialmente inadecuada por la desviación de la naturaleza que su ejercicio conlleva (...) alterando en cierta forma la normalidad de la convivencia (...) Una conducta moral acorde a las exigencias propias de la función militar (...) es el compañerismo entre camaradas. (...) Los homosexuales se autodiscriminan y sólo se preocupan de sí mismos. [en] la vida militar el compañerismo es el principio fundamental.*³⁴

Santelices, quien obtuvo una maestría en Filosofía Política en la Universidad Gabriela Mistral, agregó argumentos económicos para marginar a las minorías homosexuales, ya que su eventual incorporación significaría desarrollar en los cuarteles una infraestructura inexistente. También aseveró que es deber del Ejército asegurar a los padres de los conscriptos que al final de su formación serán “hombres de bien”, cuestión que a su juicio no podría ser garantizada si en las filas hay homosexuales.³⁵

Más allá de las concepciones de contenido moral religioso en las que se fundamenta el discurso del general Santelices, conviene tener presente que la comunidad científica internacional desde 1973 considera que la homosexualidad no es una enfermedad. Y esta se entiende como parte integral necesaria para comprender la biología, psicología, política, genética, historia y variaciones culturales de las identidades y prácticas sexuales de los seres humanos.

El general Juan Emilio Cheyre, considerado el comandante en jefe más progresista de la era post Pinochet, en julio de 2004 había afirmado que no tenía inconveniente que minorías sexuales estuvieran en el Ejército:

*Si hay alguien que tiene el termómetro bastante afinado de la diversidad somos nosotros. Al homosexual no hay que caricaturizarlo y descalificarlo por ello, pero hay que medir si la especificidad de la función militar le permite estar en el Ejército. (...) Yo no le puedo decir si hay o no homosexuales en el Ejército, porque no hay ninguna norma que diga que quedan fuera, pero sí hay normas y conductas que no son compatibles ni con la especificidad de la función militar ni con el concepto de unidad que tiene que tener una unidad militar (...). Es igual que un punk ¿así se llaman esos locos que se paran el pelo? No puede andar así en plena clase de tiro, pues. (...) Eso no significa que tengamos que pensar todos iguales, pero existen códigos de funcionamiento dentro de un cuartel donde una persona no puede andar con trenza —y no me estoy refiriendo a los homosexuales— otros con aritos y otros con el pelo corto, tenemos que ser uniformes. Yo uso las mismas botas, polera y tenida de un conscripto. Y todo lo de abajo también.*³⁶

Un año después, Cheyre reiteró su postura sobre la diversidad sexual: *Yo no puedo presuponer una homosexualidad o criticar una homosexualidad per se. Tanto homosexuales como heterosexuales deben someterse a los códigos de ética que exige la vida militar. Respecto de los homosexuales será importante, por ejemplo, que no entren a un baño donde todos están piluchos y anden mirando ciertas partes del cuerpo. Pero también respecto de los heterosexuales hay normas.*

*Hay regimientos mixtos y si un teniente vive en la casa 10 y una teniente en la casa 9, no puede darse una conducta impropia. El Ejército no es un motel. Hay normas de convivencia para todos. Así, hombres y mujeres son aceptados en la medida que sus comportamientos no sean incompatibles con la vida militar. (...) El Ejército de Chile acepta en sus filas a toda persona que cumpla con las exigencias éticas y valóricas que requiere la profesión militar. En este sentido, cualquier conducta, como el acoso sexual u otras igualmente desordenadas o poco decorosas, sean homosexuales o no, no están permitidas.*³⁷

La casta militar chilena a través de su historia ha demostrado ser altamente segregacionista con todas las minorías que se apartan de la normatividad hegemónica no sólo sexual, sino también racial, de clase e ideología. Mapuches, negros, mestizos, hijos de madre soltera, divorciados, izquierdistas, al igual que las mujeres han sido objeto de la exclusión y, en muchos casos, de la persecución por parte de las Fuerzas Armadas.

Desde hace bastante tiempo, el feminismo ha precisado que su lucha por la igualdad de derechos no es sólo de las mujeres, sino de todos los grupos sojuzgados por el poder de la cultura dominante.

A través de su prolífica reflexión teórica, Judith Butler intenta decirnos que la dicotomía heterosexual es tan falsa y vacía de esencia como la homosexual. Todas las actuaciones de género son imitaciones de ideales imaginarios de masculinidad, femineidad, y sexualidad normativa. Se trata de mascaradas, ni siquiera de copias de originales, porque ese original no existe ni posee correspondencia alguna con una supuesta esencia o naturaleza.

Desafiando a la ontología occidental, la filósofa posfeminista proclama: *No hay ni siquiera naturaleza salvo como ficción metafísica: tanto la noción de naturaleza como la ontología son productos (resultados) de tensiones de poder. En consecuencia no hay materia, ni cuerpo, ni sexo naturales, sólo efectos normativos/prescriptivos (no descriptivos) del poder.*³⁸

Para Butler, mientras la sexualidad reproductiva se presenta a sí misma como norma ahistórica, natural e inmutable, las formas no heterosexuales se consideran abyectas y portadoras de los estigmas identificatorios de los cuerpos que no importan.

La exclusión de esos cuerpos abyectos representa un ataque al concepto de lo humano. Citando a Hegel, Butler asevera que cualquier persona se constituye como ser social viable únicamente a través de la experiencia del reconocimiento. Sin embargo, los términos que permiten ser reconocido como humano se articulan socialmente y son variables.

Y, en algunos casos, los mismos principios que otorgan la cualidad de humanos a ciertos individuos son los que privan a otros de ese estatus. El humano se concibe entonces en forma diferente dependiendo de su raza, su morfología, su sexo, su orientación sexual. Algunos humanos son reconocidos como menos que humanos. Y así como las mujeres no han sido totalmente incorporadas a lo humano, tampoco se ha concedido esa categoría a los grupos minoritarios que no tienen una orientación heterosexual.

En interpretación de la filósofa, lo humano está definido por adelantado en términos que son *claramente occidentales, a menudo norteamericanos y, por lo tanto parciales y de miras estrechas*.³⁹ Asegura que para las luchas mundiales de las minorías así como para el feminismo, es crucial *una concepción antiimperialista o mínimamente no imperialista de los derechos humanos internacionales*.⁴⁰

A propósito del debate sobre la familia y la diversidad sexual, Judith Butler, propone en un ensayo la provocadora pregunta:

*¿El parentesco es, de antemano, siempre heterosexual?*⁴¹ De acuerdo al planteamiento butleriano existen y persisten relaciones de parentesco que no se ajustan al modelo de familia nuclear. Estas se sirven de relaciones biológicas y no biológicas, exceden el alcance de las actuales concepciones jurídicas, y operan según reglas que no se pueden formalizar.

En muchas investigaciones de la sociología reciente, las nociones de parentesco se han desvinculado del matrimonio. El clásico estudio de Carol Stack, *All Our Kin*, muestra cómo el parentesco afroamericano funciona bien a través de una red de mujeres en las que algunas están relacionadas por lazos biológicos y otras no. Asimismo Butler menciona los trabajos de Nathaniel Mackey y Fred Moten, acerca del despojo de relaciones consanguíneas causado por la esclavitud, que ofrece un legado de “parentesco herido” en la vida afroamericana: *De ahí que no se pueda separar el parentesco de las relaciones de propiedad (y de la concepción de las personas como propiedad) ni de las ficciones acerca de la ‘línea sanguínea’, ni tampoco de los intereses nacionales y raciales mediante los cuales se sostienen esas líneas*.⁴²

Butler rebate que deba haber un padre y una madre para el origen del niño como ocurre en la familia diádica normativa, afianzada mediante voto matrimonial, como sostiene Claude Lévi-Strauss en su ensayo *Las estructuras elementales del parentesco*, publicado en 1947.

En el paradigma lévi-straussiano, basado en el tabú del incesto, —precisa Butler— la posición del hombre y de la mujer posibilita ciertas

formas de lazos sexuales reproductivos y prohíbe otras. Desde ese punto de vista, el género es un indicador de las relaciones sexuales proscritas y prescritas por las que un sujeto es socialmente regulado y producido. A juicio de Butler, el tabú del incesto en Lévi-Strauss, no sólo procura la reproducción exógama de los hijos, también mantiene la unidad del “clan” mediante la exogamia obligatoria. La mujer que llega desde otro lugar garantiza a los hombres la reproducción de su propia especie.

¿A qué propósito sirve la reutilización de dichos puntos de vista en el horizonte político contemporáneo, dado que las teorías antropológicas que Lévi-Strauss desarrolló a finales de la década de 1940 generalmente se consideran superadas e incluso han sido cuestionadas por el propio Lévi Strauss?, se pregunta Butler.⁴³

Este modelo estructuralista lévi-straussiano de la diferencia sexual, concebido sobre el intercambio de mujeres, y la defensa de la cultura a través del dictado de la heterosexualidad, reapareció en el contexto francés contemporáneo. La filósofa interpreta su renacimiento como *una extensión de las nuevas formas de racismo europeo(...) es una defensa frente a la amenaza de la pureza cultural francesa que ha tenido lugar (...) a través de los nuevos patrones de inmigración, el creciente número de relaciones interraciales, el mestizaje y la difuminación de las fronteras nacionales.*⁴⁴

Butler proclama el quiebre del parentesco tradicional en la economía globalizada. Tal ruptura no sólo desplaza las relaciones sexuales y biológicas del lugar central que ocupan en la definición de parentesco. También otorga a la sexualidad un dominio separado del parentesco lo que permite que un vínculo duradero se pueda pensar fuera del marco conyugal. Y, al mismo tiempo, abre el parentesco a una serie de lazos comunitarios que no pueden reducirse a la familia.⁴⁵

NOTAS

- 1 Recientemente, dos oficiales de Ejército: María Cristina Gutiérrez y Francisca Maceratta Salvadores, investigaron y reconstruyeron la historia de la mujer en el Ejército en su obra: *Análisis de los antecedentes referidos a la participación de la mujer militar en el Ejército de Chile entre 1974 y 2005 y una breve reseña histórica de la participación de la mujer militar en las Fuerzas Armadas del mundo*. Según esta obra la creación de la ESAFE se produjo por el memorándum del comandante en jefe del ejército N° 1090/77/127 del año 1974.
- 2 Gutiérrez y Maceratta... op. cit. Capítulo II, E. “Descripción cronológica de la participación de la mujer militar en la institución desde los años 1936 hasta 2005”.

- 3 Gutiérrez y Maceratta... op. cit. Capítulo II D: "Incorporación de la mujer militar en el Ejército de Chile".
- 4 El cambio de nombre se produjo por Decreto Supremo N° 562 del 15 de julio de 1984.
- 5 María Elena Valenzuela, *Las mujeres en el Chile militar. Todas íbamos a ser reinas*. Ediciones Chile y América – CESOC, 1987, p. 202.
- 6 Gutiérrez y Maceratta... op.cit.
- 7 *Ibíd.*
- 8 Según Gutiérrez y Maceratta... op.cit. Capítulo II, E., tal instructivo emanó de la ORDEN DE COMANDO.VCJE.EMGE.DPE.1/2 (R) N° 1165/3 DEL 7 DE ABRIL DE 1988. La circular se dio a conocer el 25 de abril de 1988.
- 9 Gutiérrez y Maceratta... op.cit. Capítulo II, E. Mediante circular del 13 de agosto de 1990, el vicecomandante en jefe del Ejército consideró la existencia de distintas situaciones administrativas anormales que se derivaron de los matrimonios entre el personal uniformado, cuyos efectos y frecuencia fueron aumentando progresivamente en problemas de encuadramiento. Por necesidades del servicio se requería destinar un oficial a una guarnición donde no existía vacante para su cónyuge. También consideró que se afectaba la continuidad en determinados cargos por la relación de dependencia de mando de ciertos cónyuges. Y el Ejército se reservó el derecho de condicionar la permanencia en la institución de uno de los futuros cónyuges.
- 10 Gutiérrez y Maceratta...op. cit. Capítulo I, 4 a.
- 11 ORDEN DE COMANDO.CJE.DPE.1/4 (R) N°1710/02, Santiago, 17. MAY. 1994. Gutiérrez y Maceratta...op. cit. Capítulo II D "Incorporación de la mujer militar en el Ejército de Chile".
- 12 Gutiérrez y Maceratta,... op.cit.Capítulo II D.
- 13 ORDEN DE COMANDO.CJE.EMGE.DPE.1/2 (R) N°1165/5 DEL 09 de JULIO DE 1998. Gutiérrez y Maceratta...op. cit. Capítulo II E. "Descripción cronológica de la participación de la mujer militar de Chile desde los años 1936 hasta el 2005".
- 14 *Ibíd.*
- 15 *Ibíd.*
- 16 *Ibíd.*
- 17 *Ibíd.*
- 18 Gutiérrez y Maceratta...op. cit. Capítulo II E. "Descripción cronológica de la participación de la mujer militar de Chile desde los 1936 hasta 2005".
- 19 *Ibíd.*
- 20 *Ibíd.*
- 21 La Revista de Reclutas, o Revista de Instrucción, se realiza cada año en la Escuela Militar y es la instancia donde se ponen a prueba todas las habilidades y conocimientos de ejercicios militares que los cadetes aprendieron en su período de reclutas, como el correcto uso de armamento y recibir instrucciones, entre otras destrezas.
- 22 Judith Butler, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Paidós, Buenos Aires, marzo 2005, p. 186.
- 23 Judith Butler... op.cit., p. 185.
- 24 *Ibíd.*, p. 184.
- 25 *Ibíd.*, p. 326.
- 26 *Ibíd.*
- 27 Judith Butler, *El grito de Antígona*. El Roure, Barcelona, 2001, p. 57.

- 28 Lina Díaz, *Fuerzas Armadas, moral y religión. El caso chileno* (2006). Capítulo Segundo 2.3 "Conducta familiar y situaciones irregulares del personal. Su relación con la moral y las leyes". Capítulo Primero 1.2.1 "Bases de la institucionalidad". http://66.102.1.104/scholar?hl=es&lr=lang_es&q=cache:8ofjOpTTc7YJ:www.puc.cl/cienciapolitica/papers/est_def/def17.pdf+Lina+Diaz%2Bfuerzas+armadas+moral
- 29 Lina Díaz...op.cit. Capítulo Segundo 2.2.2 "Ordenanza del Ejército". Capítulo Segundo 2.3 "Conducta familiar y situaciones irregulares del personal. Su relación con la moral y las leyes".
- 30 *Ibíd.* Capítulo Segundo 2.3 Conducta familiar y situaciones irregulares del personal. Su relación con la moral y las leyes.
- 31 Periodismo Global- Pinochet citas célebres <http://periodismoglobal.blogspot.com/2006/12/pinochet-citas-celebres.html>
- 32 El general Santelices se vio obligado a presentar su renuncia voluntaria al Ejército por estar inculpada en el caso de derechos humanos denominado Caravana de la muerte.
- 33 Reproducido en el vespertino *La segunda* del 10 de septiembre de 2004.
- 34 Gustavo González, *Homofobia de Pinochet resurge en el Ejército*, IPS Noticias, 27 de septiembre de 2004. <http://ipsnoticias.net/nota.asp?idnews=31500> obtenida el 10 de abril de 2008.
- 35 Gustavo González... op. cit.
- 36 Kathya Alegría, "Comandante en jefe del Ejército reconoció el respeto a la diversidad dentro de la institución. Cheyre 'No puedo decir si hay o no homosexuales en el Ejército'", *Las Últimas Noticias*, 14 de julio de 2004. http://www.lun.com/ediciones_anteriores/detalle/noticia.asp?idnoticia=C381819360510185&dia=14&mes=7&anno=2004
- 37 Claudia Alamo, "Cheyre: Yo ya hice mi parte y ahora a cada poder del Estado le corresponde hacer la suya". *La Tercera*, 18 de septiembre de 2005. http://209.85.165.104/search?q=cache:fv8LJxQov7gJ:www.latercera.com/medio/articulo/0,0,3255_66602343_160412362,00.html+Cheyre%22Yo+no+puedo+suponer+una+homosexualidad+o+criticarla+per+se%22%2BLa+tercera&chl=es&ct=clnk&cd=1&gl=cl
- 38 María Luisa Femenías, *Judith Butler: introducción a su lectura*. Editorial Catálogos, Buenos Aires, 2003, p. 57.
- 39 Judith Butler, *Des hacer el género*. Editorial Paidós Studio 167, España, 2006, p. 62.
- 40 Judith Butler... op.cit.
- 41 *Ibíd.*, p.149.
- 42 *Ibíd.*, p. 151.
- 43 *Ibíd.*, p. 172.
- 44 *Ibíd.*, p. 176.
- 45 *Ibíd.*, pp. 182 y 183.